

## REALIDAD NACIONAL Y CRITICA LITERARIA.

Bajo la influencia de un estrecho sentimiento localista, Alfredo Yépez Miranda (1) niega su comprensión a todas las manifestaciones de cultura que no le hablen de su localidad; niega valor a los hechos históricos, económicos, sociales e individuales que hubieran sido determinados en extraños lares; y, consecuentemente, puede apreciarse que en su concepción del mundo se reflejan tales limitaciones, que su sensibilidad ha sido deformada.

En el fondo, esta actitud revela un empirismo censurable, porque aconseja la exaltación de aquellos valores ambientales que se pueden apreciar directamente. Y es egolátrica, porque la exaltación de estos valores obliga a justificar e imponer la exaltación de su propia personalidad, como síntesis o quintaesencia de esos valores ambientales.

Fácilmente se explica, así, aquella actitud ofensiva que se percibe a través de todos sus juicios, aquella fraseología denigratoria que caracteriza su estilo. Es una actitud que denuncia aislamiento, monólogo. Es una fraseología que denota convicción prematura, y voluntaria elusión de los principios que puedan alterarla.

«Jorge Puccinelli Converso»

En estas páginas analizo los conceptos de Alfredo Yépez Miranda, en cuanto se relacionan con el conocimiento de la realidad nacional, para determinar hasta qué punto se identifican con la verdad. Demuestro que su precipitada y errónea visión de la realidad nacional, parcializa y deforma su comprensión de la influencia que ejerce sobre la literatura.

---

(1) Es catedrático de Literatura Americana y del Perú en la Universidad del Cuzco; miembro del Instituto Americano de Arte, con sede en esa ciudad; colaborador de periódicos y revistas nacionales. Lo principal de su obra se halla en dos libros: "Peruanidad literaria y revolución" (1934) y "La novela indigenista" (1935). Por lo tanto, no es exagerado atribuirle cierta representación y suponer que sus opiniones tienen alguna influencia. Y, considerándolo así, he hecho un minucioso análisis de su pensamiento.

Traduciendo un concepto general sobre el Perú, afirma:

Creo con sinceridad que en el Perú la demarcación geográfica material de territorio, encierra también una profunda división espiritual, creo que el territorio está penetrado de ambiente espiritual, donde el instinto artístico para tener fuerza de creación necesita de aliento telúrico, que le dé movimiento y aptitud de originalidad, creo, que más allá de la geografía con sus verdades mecánicas de espacio, clima y altura, está el sentido espiritual enclavado dentro del territorio, como si el espíritu hubiera modelado manifestaciones propias en el paisaje (2).

Aclaremos. “En el Perú, la demarcación geográfica..... encierra una profunda división espiritual”, y “el instinto artístico necesita de aliento telúrico, que le dé movimiento y aptitud de originalidad”; pero, simultáneamente, se observa que “más allá de la geografía con sus verdades mecánicas de espacio, clima y altura”, está el espíritu, tal “como si hubiera modelado manifestaciones propias en el paisaje”. Por una parte, se afirma que la creación espiritual necesita la influencia telúrica; y, por otra, que el espíritu graba sus propias manifestaciones en el paisaje. Aparentemente hay, pues, una contradicción. Pero en realidad no existe sino una deficiente comprensión y, por ende, una mala expresión. Porque el espíritu y la tierra se hallan vinculados por un intercambio de influencias. Así, cuando la conciencia perciba su capacidad creadora, es posible que la emoción turbe o ciegue el hallazgo de los motivos que aquella ha visto surgir ante sí, es posible que la emoción vuelque la conciencia sobre los objetos externos: o sea, que, en la aurora del desarrollo espiritual, el paisaje domina al espíritu. Mas, lentamente, la activa y consciente sucesión de vivencias le imprime extraordinaria fuerza; el espíritu observa, aprehende y explica las cualidades de los objetos; y llega, a veces, hasta atribuirles las propias vivencias. Quizá no sea frecuente la clara aparición de estos momentos polares que ofrece la relación entre el mundo exterior y el espíritu; o bien, es posible que la manifestación de tal o cual corriente de influencia—mundo exterior, espíritu; o viceversa—se encuentre afectada por la presencia de la corriente contraria. Por eso no se debe enfocar mecánica o unilateralmente las relaciones entre el mundo exterior y el espíritu. En rigor, el espíritu se adapta al mundo exterior, y luego se proyecta sobre él. Tal es “el sentido espiritual enclavado dentro del territorio, como si el espíritu hubiera modelado manifestaciones propias en el paisaje”, y que,

---

(2) “La novela indigenista”: Librería e Imprenta H. G. Rozas, Cuzco—1935 (páginas 12-13).

aparentemente, contradice a la "división espiritual" engendrada por la "demarcación geográfica".

Ahora bien, la deficiente comprensión que acabamos de explicar es, también, un esfuerzo malogrado. Porque Alfredo Yépez Miranda no sabe aprovechar la intuída acción del espíritu sobre el mundo exterior; sólo le reconoce fuerza determinante a la influencia que el medio geográfico ejerce sobre el espíritu; y, cuando trata de precisar cuáles son nuestras modalidades espirituales, las circunscribe a las fundamentales regiones geográficas del país. Dice:

El Perú es casi el país del contraste, los factores que son unidad en otras partes son aquí, oposición y variedad. El territorio presenta regiones marcadísimas, la costa, la sierra y montaña presentan como paisaje artístico, como sentido económico, situaciones individuales que las distinguen, la población, tampoco es unidad, al contrario se destaca en el Perú el factor heterogéneo entre los componentes étnicos de la población, sin estar relacionados todavía con la unidad espiritual, finalmente la cultura no ha plasmado el crisol de la espiritualidad nacional, continuamos siendo un país de dualidad (3).

Y observamos que califica al Perú como "país del contraste", así como otros lo han calificado como país paradójico. En el fondo, contraste y paradoja entrañan una oposición, objetiva en el primer caso e intelectual en el segundo; pero, las relaciones u oposiciones de carácter objetivo son las que percibe la mentalidad del citado escritor cuzqueño, y por eso identifica al Perú como "el país del contraste". Es una frase hecha, muy repetida, y que, por su simplismo, es muy difícil justificar. Por ejemplo: ¿cómo justificar el contraste, la oposición o la dualidad del Perú, siendo tres sus regiones geográficas? Pues solo recurriendo a un argumento forzado e inexacto: "costa y sierra son el Perú actual" (4). No importa saber que "la costa, la sierra y montaña presentan como paisaje artístico, como sentido económico, situaciones individuales que las distinguen"; ni importa que la montaña ofrezca la más henchida promesa para el bienestar del país; porque, para justificar aquella vieja cantilena que pregona la dualidad del Perú, se debe admitir que "costa y sierra son el Perú actual". Y, ¿cómo creer en la dualidad si "se destaca en el Perú el factor heterogéneo entre los componentes étnicos de la población", si todavía no existe una cultura nacional que pueda unificar esos heterogéneos componentes de la población?

---

(3) *Id.*, páginas 5-6.

(4) *Peruanidad literaria y revolución*: Librería e Imprenta H. G. Rozas, Cuzco—1934 (página 44).

Dejándonos guiar por un criterio tan simplista, admitamos, sin embargo, que las regiones geográficas originan la diversificación de los problemas nacionales. Y, para que Alfredo Yépez Miranda lo comprenda mejor, admitamos una metódica exclusión de la montaña peruana. Circunscribamos nuestra mirada a la costa y a la sierra, aparentando creer en la cacareada dualidad del Perú. Y veremos que, en la costa, los problemas de la región petrolera—en torno a la cual se cierne ya la posibilidad de la nacionalización—, los problemas de los latifundios industrializados y de los monocultivos, así como los problemas de la pequeña propiedad agraria y de la industria en general, son diferentes entre sí. Veremos que, en la sierra, el predominante agrarismo de la población sureña facilita su postración, en tanto que la proletarización eleva la conciencia colectiva y el estandar de vida en la zona central. De manera que no es justo creer en la dualidad del Perú, pues su fisonomía general es más compleja.

Pues bien. Ahora que conocemos su concepto sobre las relaciones que existen entre el mundo exterior y el espíritu, así como su visión integral del Perú, veamos qué piensa Alfredo Yépez Miranda sobre nuestras regiones geográficas. Sobre la costa dice:

La molicie, el clima sensual, la falta de incentivos para la voluntad, mata la inquietud; el hombre no lucha contra la naturaleza; la tempestad, el huracán, los animales salvajes, la furia del mar, no existen, convirtiendo la vida costea en monotonía.

Los Andes son también ignorados en la literatura costea; situados al oriente del litoral, se encuentran majestuosamente aislados; sus cumbres demasiado lejanas de los vallecitos costeos, no influyen en la literatura, de los Andes bajan los ríos costeos, los Andes son la ubre sustentadora de la región costanera, pero, la hija ignora a la madre, el desierto se interpone entre los oasis costeos y los Andes.

La corriente de Humboldt, enfría el litoral, la falta de evaporación impide la acumulación del vapor de agua en la atmósfera, además las nubes de la montaña empujadas hacia el occidente por los vientos alisios buscan el alto nivel de los Andes para pasar, cayendo no en la costa ávida y sedienta, sino en el Océano Pacífico, centenares de kilómetros lejos de la arena costanera; por esto la comparación de la costa con el desierto africano del Sahara, no carece de exactitud, el desierto separa un vallecito de otro, y éstos se desarrollan individuales, sin nexo casi, propicios a la dominación extranjera y a la explotación de los poderosos.

Los desiertos de la costa llámense de Sechura, Olmos, Cle-

mesí o Pampa Colorada, no tienen el incentivo misterioso del desierto africano, sin una fauna como la del león, que atrae la fantasía de los hombres, sin las leyendas misteriosas de caravanas y bandidos, nuestro desierto no impresiona a la literatura en un sentido afirmativo (5).

Y ¿qué tal? Es una representación tan ingenua que linda con lo infantil, ¿no es verdad? Muy pintoresca y, sobre todo, reveladora de un discernimiento tan inocente que enternece. Pues, entre sus diversos elementos, hallamos algunos de un primitivismo encantador: la tempestad, el huracán, los animales salvajes, la furia del mar, los Andes majestuosamente aislados, la hija que ignora a la madre, el desierto, leyendas misteriosas de caravanas y bandidos. Elementos de fecundas sugerencias para un folletín, vibraciones de una fantasía alimentada en historias de tierras lejanas, nos dan a conocer todo lo que falta en la costa, pero ¿Alfredo Yépez Miranda sabe, acaso, qué hay en la costa peruana? Leemos:

El paisaje de nuestro litoral..... carece de fuerza para conmover la espiritualidad.

La costa es el panorama de la muerte, sólo los vallecitos amantados por los ríos que bajan de la cordillera sonríen llenos de verdor (6).

Y claro: si en la costa no existen la tempestad, el huracán, los animales salvajes, etcétera, su panorama "es el panorama de la muerte", y "carece de fuerza para conmover la espiritualidad". Tan claro como la evocación de la vida del hombre costeño, cuya inquietud está muerta porque no tiene incentivos que ejerciten su voluntad, que no lucha contra la naturaleza y que, entre tanta monotonía, se halla sensualmente entregado a la molición. Sería, en resumen, una existencia edénica; pero, en la costa

el desierto separa un vallecito de otro, y éstos se desarrollan individuales, sin nexo casi, propicios a la dominación extranjera y a la explotación de los poderosos.

Como los personajes de ciertos cuentos destinados a impresionar la imaginación infantil, los costeños nos hallamos abandonados

---

(5) Id., página 4.

(6) Id., página 3.

Conceptos semejantes se encuentran en su ensayo sobre "El Folklore Peruano". Véase: "América", revista de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos; volumen V, número 1; Habana, enero de 1940; páginas 31-35.

en los pequeños oasis de la costa, entregados a la molicie, y sin las energías necesarias para repeler las asechanzas de la "dominación extranjera y la explotación de los poderosos". Necesitamos que de la sierra bravía descienda un valeroso caballero, para darnos libertad e inquietud, y para infundirnos fé en nuestro propio destino.

Pero, pongamos punto a la farsa. Y hablemos en serio. Alfredo Yépez Miranda concibe la costa en una forma tan arbitraria, porque no la conoce sino a través de ajenas descripciones—del profesor Jorge Basadre y de Luis Alberto Sánchez, por ejemplo—, descripciones de las cuales no toma sino sus rasgos sobresalientes, para exagerarlos caricaturescamente. Atendiendo a las voces deprecatorias de cierto resentimiento nihilista, no atina a descubrir "la razón de la sinrazón". Y, careciendo del necesario conocimiento de causa, no descubre lo que puede haber de positivo en la conformación geográfica de la costa, en sus hombres, y en los caracteres de la vida que ella auspicia. Obra por sugestión, al engrandecer los simples apuntes que ha sorprendido en las ajenas descripciones. Y, además, procede por eliminación: porque concibe el Perú como "un país de dualidad", en el cual se oponen la costa y la sierra; personalmente, conoce y admira las bellezas naturales de su terruño; y, para consagrar su preeminencia, niega los valores positivos de la costa, así como el adolescente suele negar los méritos de los mayores para afirmar su propia personalidad.

Inspirado por su ingenuidad y su primitivismo, véase cuánto cariño vierte en su descripción de la sierra:

Si el panorama de la costa abruma por su esterilidad, sin emocionar artísticamente, la sierra es millonaria de belleza, plena de incentivos creadores, derroche de luz, alegría mañanera que resbala por las aldeas, canta en los maizales y se hace ilusión en las nieves de las cumbres. Las cadenas de la cordillera de los Andes, la defienden de la costa y de la montaña. En la sierra, el sol se deshace en colores brillantes y festivos, la vida rumorosa en incesante movimiento. La sierra no es lo uniforme, la sierra en incesante contraste, inquietud de paisaje; un cielo azul profundo como un pañuelo de ilusión; allá arriba, cumbres nevadas cual llamaradas de inquietud, vallecitos floridos, torrentes musicales que se despeñan, la puna silenciosa y el río torrentoso.

En la Sierra el cielo no es uniforme, al azul refulgente reemplaza el plomo oscuro, la tempestad conmueve a los Andes, el trueno retumba formidable conmoviendo las montañas, el rayo estalla matando hombres y ganado, la lluvia torrencial, a carcajadas enverdece las chacras, los torrentes se convierten en

ríos impetuosos, los ruidos formidables de la naturaleza espantan, infunden respeto y temor, parecen las batallas de dioses gigantes.

El paisaje varía y se transforma a cada paso, junto al cerro hostil y empinado, está la enramada de capulíes, más allá de la quebradita verde los desfiladeros espeluznantes, el sol se retuerce en retamas poéticas para saltar al nevado majestuoso o al molle pensativo o se acuesta en la calma soledosa de la puna.

El paisaje serrano, no está ausente de la cuerda musical del charango donde retoza de alegría, es majestuoso en el pututo, melancólico en la quena. El sol dominguero penetra a bocanadas en la iglesia aldeana; estalla en granizada de diamantes en los altares de Corpus, se emborracha de arte en el tallado del púlpito de San Blas, el sol es el paisaje, la sierra misma que habla en Lunarejo, frases henchidas de emoción, la sierra es rebeldía en Túpac Amaru y color, siempre color en todas partes. Alegría rural, afán creador, rebeldía y ternura hay en la sierra.

El paisaje se prende de caseríos y aldeas, grita colores en la indumentaria andina, los ponchos polícromos, son pedazos cordilleranos, quebradas y montes, crepúsculos y mañanas que se retuercen de emoción cubriendo al hombre y acompañándolo siempre..... (7).

Así es, indudablemente, la naturaleza serrana. Y, quien se halla solazado en la contemplación de su paisaje, habrá sentido cómo se traslada su espíritu de una a otra emoción, bajo el dominio de un ansia que incita a evocar la vida de siglos. Porque, el íntimo sobrecogimiento que invade el alma ante las moles andinas cede el paso a la sonrosada placidez que ostenta el sol serrano. El hombre se identifica con la naturaleza, aproximándose al uncioso panteísmo de otras eras.

Pero, aplicando un elemental sistema de argumentación, Alfredo Yépez Miranda exalta los valores serranos mediante su oposición a los valores negativos que ha creído sorprender en la costa. Por ejemplo: "si el panorama de la costa abruma por su esterilidad, sin emocionar artísticamente, la sierra es millonaria de belleza"; "la comparación de la costa con el desierto del Sahara no carece de exactitud", en tanto que, en la sierra, "el paisaje varía y se transforma a cada paso"; todo es monotonía en la costa, pero

---

(7) "Peruanidad literaria y revolución", páginas 10 a 13.

“la sierra no es lo uniforme” y, dondequiera, se la ve “en incesante contraste”; en la costa reina la molicie, en tanto que, en la sierra, “la vida rumorosa (se deshace) en incesante movimiento”; en la costa, “la falta de incentivos para la voluntad mata la inquietud” y, en cambio, la sierra, “plena de incentivos creadores”, infunde “alegría rural, afán creador, rebeldía y ternura”. Como se ve, pues, la oposición es absoluta. Sobre todo, porque la sierra tiene: tempestades; truenos; rayos que estallan, matando hombres y ganado; lluvias torrenciales; “ruidos formidables de la naturaleza”, que “parecen las batallas de dioses gigantes”.

Desde luego, la oposición entre la costa y la sierra no es tan abismal como lo imagina Alfredo Yépez Miranda; y, en cuanto a la injusta depreciación de la costa, la apreciamos como equívoca reacción de un sentimiento localista, pues los hechos y las cifras demuestran que su participación en la vida nacional es mucho mayor que la participación de la sierra. Así, de los cuatro productos que constituyen la base de la economía peruana, tres—el petróleo, el algodón y el azúcar—son productos costeros, y solo uno—el cobre—se explota en la sierra. Lógicamente se deduce, por lo tanto, que los valores negativos, tan arbitrariamente atribuidos a la costa, no se sustentan en la realidad. Lo cierto es que la costa y la sierra se integran, se necesitan mutuamente.

Por último, nos hallamos frente a la descripción de la montaña:

paisaje único, profusión de colores, ríos que parecen mares, fauna variada y desconocida, flora abundantísima, tribus de hombres salvajes, leyendas de caníbales, relatos espeluznantes, abundancia colosal, variedad y siempre variedad y ese aire de misterio que rodea todas las cosas (8).

Sin recurrir al análisis vemos que, pese a la “profusión de colores”, tan certeramente destacada por Alfredo Yépez Miranda, su descripción de la montaña es descolorida. Hecha a base de lugares comunes, con lamentable ausencia de datos fundamentales. Y, aparte de unos datos impresionistas—seguramente conocidos por referencias—, se destaca una reincidencia en el infantilismo, pues se le brinda especial admiración a “tribus de hombres salvajes, leyendas de caníbales, relatos espeluznantes... y ese aire de misterio que rodea todas las cosas”.

Aquí damos por integrado el concepto que Alfredo Yépez Miranda se ha formado sobre cada una de las regiones geográficas

---

(8) Id., página 43.



que constituyen el Perú. Y destacamos una frase, en la cual compendia su manera de enfocar las relaciones que existen entre la costa, la sierra y la montaña. Dice:

Las cadenas de la cordillera de los Andes, la defienden (a la sierra) de la costa y de la montaña.

Quiere dar a entender que los Andes detienen el contagio de la molicie costeña y la invasión de aquella exuberante vegetación que se enmaraña en la selva. Pero las palabras se rebelan contra pensamiento tan absurdo, y dan a entender lo siguiente: la sierra, como una gran señora venida a menos, se parapeta tras de los Andes para aislarse de la costa y de la montaña, pues, en su estado actual, se sentiría lastimada al rozar con la bonanza y la exuberancia que se extienden sobre una y otra; o bien, la sierra, que se entusiasma con los colores de su luz y con su paz aldeana, es un elemento pasivo, cuya actitud se limita a defenderse de la actividad que reina en la costa y en la montaña. En ambos casos, se debe considerar que las palabras de Alfredo Yépez Miranda no le hacen honor a la realidad serrana.

Y, en síntesis, ¿qué rasgos distingue en el Perú? ¿Cómo juzga sus múltiples contradicciones? Leemos:

un territorio enorme, malísimamente comunicado mediante pocos caminos, tres regiones geográficas totalmente opuestas en sus caracteres, heterogeneidad de razas, falta de un mestizaje poderoso, diversidad de cultura, economía en contradicción, feudalismo y comunidad; lucha entre la limitación y herencia; todo esto ha contribuido desfavorablemente, por eso se explica ese complejo de "inferioridad", ese centralismo absorbente, la falta de núcleos mestizos poderosos espiritual y numéricamente, el desdén por la sierra, la opresión indígena, falta de un centro verdadero en el país (9).

Es decir, que en el Perú distingue una serie de rasgos, ya señalados en obras de diversa índole o en afirmaciones demagógicas. Personalmente, no aporta sino la selección; no añade un esclarecimiento causal de tan compleja definición, ni el juicio coordinador. Se limita a repetir, mecánicamente; y por eso no anula los términos contradictorios, ni identifica los que han caducado o han sido superados.

Puntualizando, vemos que:

---

(9) Id., página 51.

1.º, el Perú se extiende sobre “un territorio enorme, malísimamente comunicado mediante pocos caminos”; pero la red vial—que día a día se extiende a zonas que antes permanecían aisladas—y las comunicaciones aéreas, van haciendo inexacto el segundo término, de manera que sólo tiene validez permanente la vaga y primitiva noción sobre el enorme territorio del Perú.

2.º, sobre la existencia de “tres regiones geográficas” estamos de acuerdo; pero ya hemos visto que su pretendida oposición de caracteres se basa en la falta de conocimiento directo, así como en la ausencia de una equilibrada estimación de cada una de esas regiones.

3.º, la “heterogeneidad de razas” es evidente e indiscutible; pero no supone “falta de un mestizaje poderoso, ni falta de núcleos mestizos poderosos espiritual y numéricamente”. Es notorio que, desde hace tiempo, se viene precipitando un considerable proceso de mestización que paralelamente se realiza por las vías racial y cultural. Su desarrollo inspira la identificación del individuo con la tierra en que vive y, así, va extendiéndose a una serie de colectividades que hasta hoy vivieron estacionariamente aisladas. Acelera la integración del país, y preside el robustecimiento de la conciencia nacional.

4.º, verdad de peso, muy popularizada, es la referente a la “economía en contradicción”. Pero, creer que los extremos de esta contradicción están dados por el feudalismo y la comunidad, revela un atraso mínimo de ochenta años: porque en la década de 1850 a 1860 se encuentran los anuncios germinales del capitalismo peruano. Y, considerando la intervención del capital financiero en la vida del país, así como la supervivencia de ciertas etapas intermedias de la evolución económica, vemos que, en lugar de una contradicción, es preciso admitir la existencia de múltiples contradicciones en la estructura económica del país. Con lo cual, se inhabilita el conocimiento demostrado por Alfredo Yépez Miranda.

5.º, “ese centralismo absorbente” que tanto lo amarga, ha sido una necesidad histórica: porque ha detenido la desintegración del país, cuando faltaba una conciencia nacional que actuara como fuerza centrípeta. Y, a pesar de todas sus limitaciones, debemos a ese centralismo un beneficio relativo: la existencia de “un centro verdadero en el país”. Porque Lima fija el rumbo de la vida nacional; y, sobre todo, porque es el centro de mayor actividad económica. Negarlo, es ceguera o testarudez.

6.º, la “diversidad de cultura” es inevitable en un país afectado por múltiples contradicciones económicas; pero esto no quiere decir que solo la imitación y la herencia hayan de alternar en la determinación de nuestra cultura, pues tal simplificación equivale a negar nuestra actual capacidad de creación.

7.º, mencionar un “complejo de inferioridad”, sin precisar a quien afecta, es lo mismo que soltar una piedra en el vacío.

Por lo tanto, de los rasgos que Alfredo Yépez Miranda apunta, al caracterizar la situación general del Perú, sólo prevalecen los siguientes: un territorio enorme, tres regiones geográficas, heterogeneidad de razas, diversidad de cultura, y economía en contradicción. Y, como se ve, no revelan conocimiento apreciable, ni apropiado análisis de la realidad peruana.

Sin embargo, dogmatiza con una rotundidad sorprendente:

El centralismo republicano tuvo no solo funestas consecuencias en la actividad política del país, ejerció una verdadera tiranía intelectual imponiendo su pensamiento a las provincias; hoy en cambio existe una fuerte corriente ideológica que se genera en provincias, es la rebelión de las provincias contra la capital. Nuestra capital aislada de los núcleos vitales del país, lejos del maravilloso incentivo de los Andes, tenía fatalmente que desconocer a las provincias. Ahora las provincias orientan a la capital (10).

Dogmatiza, porque carece de elasticidad dialéctica y no ve la afirmación en la negación; porque la precipitación le impide reconocer la fragilidad de sus propias afirmaciones. Y, así como esclaramos el sentido que atribuye a ese prejuicioso concepto encaminado a impugnar el centralismo limeño, preguntamos: ¿el retraso de las provincias se debe exclusivamente al centralismo? ¿O tal retraso se ha debido a la prolongación del feudalismo en sus dos expresiones fundamentales, el gamonalismo en la economía agraria y el caciquismo en política? Y, precisamente por esto, hay que insistir en la falsedad del lugar común: Lima no ha estado aislada de los núcleos vitales del país—que han sido diferentes en la época del guano, del salitre, etcétera—; ni ha desconocido a las provincias, pues su fuerza centrípeta ha forjado cierta cohesión nacional. Tampoco ha ejercido una “tiranía intelectual imponiendo su pensamiento a las provincias”, pues lo efectivo ha sido que, por no tener orientación propia, los grupos intelectuales de las provincias se han visto obligados a seguir las normas trazadas desde Lima. Y si hoy encauzan las provincias su vida, si nuevas fuerzas les imprimen confianza en el porvenir, ¿no se debe, en gran parte, al imperio del centralismo sobre el caciquismo? Por eso, antes que subvertir los términos, afirmando que “las provincias orientan a la capital”, ¿no sería más justo sostener que la “capital” inspira su

---

(10) Id., página 54.

acción en las necesidades de las provincias y preside la integración del país?

En resumen: el pensamiento de Alfredo Yépez Miranda refleja vagas y escasas nociones sobre la realidad nacional, primitiva concepción de los problemas inherentes a nuestras regiones geográficas, y torpe deformación de los vínculos que van forjando la unidad nacional. Lógico es, que no acierte a identificar el aliento social de la literatura peruana, ni su emoción telúrica.

ALBERTO TAURO.



Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»